

**Aprendiendo de todas las cosas.
[Susan Nash y el imaginario doméstico enmarcado de otra manera].**

Fernando Castro Flórez.

Estamos atrapados entre la simulación irreversible y la banalidad absoluta, cuando el "complot del arte" se ha fosilizado. Bajo el régimen global *videocrático* (verdadera piedra angular de la realidad), asistimos a la consolidación de la imagen como dispositivo a-representacional. Rancière apuntó que ya que todo el mundo está dentro del espectáculo, no hay razón para que nadie salga de él jamás, tampoco aquel que conoce la razón del espectáculo; lo único que merece tener en cuenta es que hemos llegado a una certeza o evidencia definitiva: *Video ergo sum*. El cinismo es, en buena medida, el tono generalizado que rezuman las estrategias culturales, asumiendo, con una mezcla de apatía negligente y camuflajes retóricos pseudo-radicales, el tsunami ocioso-turístico. En un contexto de *política del día de la marmota* es lógico que la estética de la desaparición (manifiesta en la *picnolepsia* casi crónica que nos lleva a no parpadear en el eterno retorno de lo siempre igual) pacte con el aburrimiento que es la tonalidad metafísica de un presente carente de proyecto. Resulta quimérico o hasta patético plantear una instancia crítica en el chismorreo, en clave de esa "gramática de la multitud" radicalmente inoperante. Susan Nash plantea una singular "especulación" objetual, pictórica, instalativa y fotográfica para dar cuenta del inquietante lugar en el que habitamos. *Our House* no es, ni mucho menos, una inmersión en el espacio de la vida como algo siniestro, sino, en cierta medida, una búsqueda, casi-surrealista, de lo maravilloso en el seno de lo real.

La fantasía ideológica (esa ilusión inconsciente que se pasa por alto) no nos impulsa a *atravesar* la realidad sino a empantanarnos en naderías. Los nietos del los "bastardos modernos", aquellos que desafiaron a la catástrofe profiriendo consignas lúdicas que *abandonaban toda esperanza* gozan o, sencillamente, vegetan contemplando la *inanidad* en tiempo real. El arte ya no es el ámbito privilegiado de nada, funciona como un corralito depotenciado. Vivimos en un régimen de conspirador total, aturdidos por una nada colosal, incapaces de enfocar nada. El show debe continuar aunque soñamos con perder el tiempo en una especie de karaoke inspirado en el club Silencio de David Lynch. Estamos fosilizados en el sofá, incapaces de levantarnos para hacer algo diferente de ver la televisión. Encarnamos el *destino hikikomori* que tal vez no sea otra cosa que una mutación del "ángel exterminador". Puede que lo único que podamos hacer sea deambular entre la indignación y la diversión (las dos experiencias, en última instancia, vertebradoras de la ideología estética), más allá de la excitación en una (indigesta) calma chicha, esa estupefacción definitiva en la que interesa que no pase nada o, en otros términos, *que me quede como esté*. Tan sólo necesitamos un "ruido de fondo", una "visualidad in-diferente" o la "rumorología reticular" para mantenernos *conectados*. Susan Nash, literalmente, "conecta" realidades heterogéneas, por ejemplo, una "pintura encontrada" y unas plantas, la representación paisajística *pompier* con los restos de naturaleza que intentan arraigar en el desierto metropolitano. Si nombra ese "dispositivo" como *Salón con farmacia* es porque acaso está buscando un fármaco (veneno y antídoto) que impulse nuestra imaginación más allá de la inercia (visual) polar.

Tal vez en esta *narcolepsia escópica* puedan suceder "otras cosas" diferentes de lo pre-cocinado. Susan Nash genera, por medio de sus obras, un cortocircuito visual, nos lleva a otra situación diferente a la del *Tratamiento Ludovico* que pretende "curar" nuestras pulsiones violentas con una sobredosis de horror. Esta creadora apuesta, decididamente, por lo imaginario, consciente de que el arte es, sencillamente, *hacer con lo que hay lo que no hay*. Unas cartas de la baraja española pueden servir para *jugar de otra manera*, aunque la mirada se mantenga, aparentemente, dentro del marco establecido. Cuando ensambla una pieza titulada *A la luz de los hechos*, con unas lámparas y unas plantas, lo que acaso esté alegorizando es la necesidad de establecer otros marcos interpretativos. Susan Nash no tiene, ni mucho menos, un programa dogmático (retorizado en las claves hegemónicas de la estética de la pseudo-resistencia) que propagar, ni desea que sus obras sean meramente estructuras fosilizadas. Necesitamos, como en las últimas palabras de Goethe, "más luz" aunque sea con una obra de arte que fusiona tecnología y naturaleza en un reciclaje que amplía nuestra imaginación.

En el año 2001, la revista *Cahiers du Cinéma* consideró que *Loft Story* (la pedantesca y "citacionista" versión francesa del programa holandés *Big Brother*) fue calificada entre las diez mejores películas del año. Justo cuando se estaba *fundando de forma demoledora* un siglo en el que el Imperio establecería el "estado de excepción" y la *caza del hombre* (facilitada por la nueva "moral del dron"), gozaban millones de espectadores de una "colectividad recluida" para conseguir la fama. La televisión encontraba su condición esencial de *vida en directo "monitorizada"* y la confesión resurgía en formato delirante. La abyección de la *tele-nada* expande la lógica carcelaria panóptica. Susan Nash desborda el "literalismo mediático" y no asume, ni mucho menos, la estética de lo abyecto, prefiere siempre dejar abierto un resquicio para la fantasía como en *Guardián*, esa divertida obra en la que una figurita de Lladró rota está colocada en de un botiquín metálico. No se trata de que lo "kitsch" nos cure, antes al contrario, necesitamos, más allá del cinismo y del sarcasmo, encontrar un tono creativo que, sin pretender alcanzar lo sublime, nos saque del empantanamiento contemporáneo.

Acaso el *reality show*, aquella ridícula *commedia (sin) arte* sea la proto-historia de la estrategia de "datificar" *patterns of life*. "El análisis de las formas de vida se define -según indica Grégoire Chamayou en su *Teoría del dron-*, con mayor precisión, como "la fusión del análisis de los vínculos y del análisis geoespacial". Para llegar a tener una idea de lo que se trata, hay que imaginarse la sobreimpresión, dentro de un mismo mapa numérico, de Facebook, de Google Maps y de un calendario Outlook. Fusión de datos sociales, espaciales y temporales; cartografía conjunta del *socius*, del *locus* y del *tempus* -es decir, tres dimensiones que constituyen, con sus regularidades y también con sus discordancias, aquello que es prácticamente una vida humanab. Hoy estamos atrapados o movilizados por la llamada "economía de la información" que valora los sentimientos, la confianza y los contactos sociales como valora las acciones y las mercancías. En este mundo de estricta y frenética "comercialización del yo", no conseguimos tanto contactar con el otro cuanto hundirnos en una sensación de ansiedad. El sociólogo David Riesman, en 1950, se quejó en su famoso libro *La muchedumbre solitaria* de que en el mundo moderno cada persona se había convertido en un operador de radar de su propia vida. En el siglo XXI se ha amplificado el desasosiego en

el seno de un mundo ligeramente paranoide dominado por la mutua sospecha, el engaño recíproco y la desconfianza generalizada. Cada sujeto está hoy, metafóricamente, en la misma situación que el ciervo de la cacería que utilizó Susan Nash en *Salón con farmacia*. Aunque intentemos huir, el "filtro burbuja" nos tiene atrapados y, literalmente, Google ya sabe lo que queremos. La situación puede llevarnos a "perder la cabeza" como la figurita del "guardián" en el botiquín pero tenemos que ser capaces de introducir en nuestra cabeza otros relatos y otras imágenes. Es evidente que vivimos en una sociedad amurallada, con vallas por todas partes, como esa que impone su ley en la pieza de Susan Nash titulada *Plaza*.

Contemplando las obras, eminentemente lúdicas pero también muy lúcidas, de Susan Nash advierto que lo importante no es solamente la imagen de la calle con la extraña "epifanía" del *Monstruo de lago*, ese oscuro portal o las rosas que apenas son visibles en la noche artificialmente iluminada; para esta creadora son decisivos los marcos, el *parergon*, esos sistemas de acotación que acogen *árboles floreros* o la escena castiza de la *Excursión*. Como apuntara Ortega y Gasset, el marco pictórico es, en buena medida, una materialización de la certeza de que "yo soy yo y mis circunstancias". El *Retablo* o la obra *Orthodox* de Nash tienen no tanto el tono del misticismo espiritualista cuanto una llamada de atención hacia los dispositivos materialistas de focalización perceptual: lo trascendente no es otra cosa que algo cotidiano mistificado, un recorte de la realidad que aspira a vivir "de otra manera". En las *punctualizaciones*, valga esta alusión barthesiana, de Susan Nash hay un anacronismo deliberado pero también una apertura de la deriva onírica; en *Dormitorio* el casi anacrónico crucifijo que solía estar sobre las camas parece flotar en un paisaje especular o anamórfico. En los espejitos de *Screen: El cuarto de baño* atrapa cuchillas de afeitar pero también su propia mirada, como si estuviera recreando el comienzo atroz de *El perro andaluz*. Nuestra casa hace tiempo que se transformó en un sitio extraño; los restos de una vida en habitual "reclusión domiciliar" pueden ser (en el rescate poético de Susan Nash) únicamente una planta y una lata de bolsas de té, abandonadas a la intemperie para ahora estar dispuestas con una "mirada afectiva" sobre un pedestal artístico. En pleno ascenso del *neurototalitarismo* tenemos que aprender a "recablearnos" o, por lo menos, a proteger nuestra intimidad con ese fascinante *Calendario* que Nash hace con pequeños biombos de plástico en los que están sedimentadas imágenes de pájaros, una torreta de electricidad, un grabado con una mujer asiática desnuda, unos surtidores de gasolina o el suelo nocturno que pisamos. En uno de los paneles del biombo no hay nada o, mejor, ahí, en ese espacio vacío, tenemos la posibilidad, como parece sugerirnos esta creadora, de introducir nuestros sueños para aprender a habitar nuestra casa y nuestra mente de otra manera.